

Reforma (Mexico City), June 4, 2006

Nacional

Wayne A. Cornelius

Vigilancia fronteriza: Fracaso en todo el mundo

Ambas versiones de un proyecto de ley sobre inmigración aprobadas por el Senado de Estados Unidos y la Cámara de Representantes para evitar que inmigrantes no autorizados entren a dicho país dependen de la construcción de cientos de kilómetros de barreras físicas nuevas, dispositivos de alta tecnología y mayor fuerza humana a lo largo de la frontera suroeste de Estados Unidos. Pero desde Europa Occidental hasta el Lejano Oriente, la evidencia muestra con claridad que fuera de una militarización completa de fronteras internacionales no hay forma de impedir la entrada ilegal de migrantes decididos y motivados económicamente. La militarización parcial sólo dará otro cauce a la migración ilegal. No la reduce en su totalidad. Si la probabilidad de ser aprehendidos no es uniformemente elevada, los migrantes continuarán cruzando en áreas donde el riesgo de detección permanezca relativamente bajo.

El caso más reciente es España. Desde mediados de los ochenta, se ha convertido en destino importante y país de tránsito para emigrantes del Tercer Mundo, especialmente de África y Latinoamérica. Pero la inmigración ilegal apenas se convirtió en crisis el otoño pasado, cuando oleadas de africanos subsaharianos comenzaron a saltar las vallas que separan a Ceuta y Melilla, pequeños enclaves territoriales de España en la costa del norte de África, en Marruecos.

En respuesta, el gobierno español duplicó la altura de las barreras e instaló un equipo de monitoreo de alta tecnología para crear el sistema electrónico de vigilancia fronteriza más elaborado del mundo. También presionó diplomáticamente al gobierno de Marruecos para movilizar sus fuerzas policíacas y evitar que los migrantes utilicen dicho país como punto de salida.

Las acometidas a las fortificaciones fronterizas en Ceuta y Melilla siguieron a la instalación española de equipo avanzado de detección por radar y al redoblado patrullaje marítimo en el estrecho de Gibraltar. Migrantes africanos comenzaron a cruzar el estrecho de 14 kilómetros en pequeñas balsas inflables que a menudo se volcaban en las agitadas aguas y ahogaban a sus pasajeros. Funcionarios españoles hicieron alarde de que la nueva tecnología y patrullas en aumento hicieron que las fronteras del sur del país fueran "herméticas".

Pero casi de inmediato, migrantes potenciales y los traficantes que los ayudaban trasladaron sus esfuerzos hacia el Océano Atlántico. Las Islas Canarias se convirtieron en su nuevo destino. Esta era una travesía mucho más larga y peligrosa -un viaje de 160 kilómetros desde la costa marroquí en alta mar-. Cuando el gobierno de Marruecos procedió a cerrar esta ruta, los puntos de partida para los migrantes se trasladaron hacia el sur a Mauritania, un trayecto de 966 kilómetros a Islas Canarias. Después de otra ráfaga de actividad diplomática española, las autoridades de Mauritania comenzaron a tomar medidas enérgicas, lo que llevó los embarques más al sur, a Senegal, un trayecto de mil 448 kilómetros.

A pesar del peligroso cruce oceánico de entre ocho a 10 días en frágiles lanchas de madera, los emigrantes subsaharianos continúan zarpar hacia Islas Canarias en números récord. Más de 7 mil 250 inmigrantes han sido aprehendidos en lo que va del año, casi el doble del total en el 2005. Organizaciones humanitarias estiman que quizás 2 mil más han fallecido en el mar antes de llegar a Canarias.

De cara al éxodo africano, el gobierno de España continúa su enfoque de interceptar a los migrantes antes de su llegada o dificultar tanto como sea posible su trayecto. España no tiene un programa de trabajadores invitados suficientemente grande que tome en consideración un flujo ordenado y legal de trabajadores africanos que se integren a su economía. Aunque el gobierno socialista del presidente del gobierno José Luis Rodríguez Zapatero legalizó el año pasado a casi 600 mil inmigrantes que habían estado trabajando en el país sin autorización, no ha habido medidas enérgicas sistemáticas tomadas contra patrones que contraten ilegales, lo que, por lo tanto, garantiza que esta mano de obra vuelva a crecer.

España está en proceso de perder la batalla del control de la inmigración por dos motivos. En primer lugar, la brecha de ingreso real entre España y África subsahariana es enorme y sigue creciendo, no tanto porque los países emisores estén estancados económicamente, sino debido a que la economía de España sigue superando a los demás países de la Unión Europea. El desempleo ha caído dramáticamente desde 1996 y los españoles nacidos en el país desdeñan de forma abrumadora los empleos realizados por trabajadores extranjeros. En segundo lugar, España envejece con tanta rapidez que para el 2030 su población será la segunda de más edad en el mundo, después de la de Japón, y se necesitan urgentemente trabajadores de reemplazo.

La experiencia de España debería ser una moraleja para los reformadores de la inmigración en Estados Unidos. En Washington difícilmente se cuestiona la eficacia de invertir cada vez más recursos en la ejecución de medidas fronterizas, lo que hemos hecho desde 1993, incluso cuando la población de inmigrantes ilegales casi se ha triplicado.

El problema de fortificar fronteras es que no hace nada para reducir las fuerzas de oferta y demanda que impulsan la inmigración ilegal. El Senado de Estados Unidos aprobó 595 kilómetros de muros nuevos de dos y tres capas y más de 900 de barreras vehiculares. En diciembre, la Cámara de Representantes votó a favor de mil 126 kilómetros de fortificaciones nuevas. Si se construyen, estas nuevas capas de protección no tendrán efecto perceptible alguno en el flujo de migrantes ilegales provenientes de México.

Pero esta intensificación permitirá a los contrabandistas cobrar más por sus servicios; desviará los cruces a áreas más remotas y peligrosas, lo que aumentará las muertes de migrantes; provocará que más migrantes y miembros de sus familias se asienten permanentemente en Estados Unidos; y causará más cruces a través de puertos de entrada legales con el uso de documentos falsos o prestados.

El resultado podría ser diferente si Estados Unidos estuviera preparado para aceptar los enormes costos económicos y diplomáticos de militarizar el 100 por ciento de sus fronteras terrestres con México y Canadá, así como las costas del Océano Pacífico y el Golfo de México, y el gasto a largo plazo de mantener y monitorear las fortificaciones. Pero las encuestas indican que la mayoría de los estadounidenses muestran recelo hacia este enfoque. Incluso como parte de un paquete "integral" de reforma migratoria, cualquier cosa que no sea una absoluta Fortaleza Americana [Fortress America] no tiene sentido, excepto como recompensa simbólica para los xenófobos.

El autor es profesor distinguido de ciencia política y director del Centro para Estudios Comparativos de Inmigración en la Universidad de California en San Diego. Su libro más reciente es *Impacts of U.S. Immigration Control Policies on Mexican Migration: The View from Sending Communities* (próximo a publicarse, Lynne Rienner Publishers, 2006).

Traducción: Alicia Gómez